

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Nicodemo

La Escritura nos presenta muchos ejemplos de personas que, asidas por la gracia de Dios, han pasado, en poco tiempo, de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás a Dios (Hechos 26:18); éstos fueron: la mujer de Samaria (Juan 4), el ladrón en la cruz (Lucas 23), el funcionario de la reina Candace de Etiopía (Hechos 8), Saulo de Tarso (Hechos 9), Lidia la vendedora de púrpura, el carcelero de Filipos (Hechos 16), y muchos otros. Pero, algunas veces, el alma llamada progresa lentamente en el camino que la libera del pecado, de sí misma y del mundo. Ese fue el caso de Nicodemo.

Nicodemo era un fariseo, doctor de la ley, un hombre respetable. Había visto los milagros que Jesús hacía y estaba seguro de que tal poder tenía un origen divino: “Nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (Juan 3:2). Tenía sed de verdad, por eso era necesario que supiera quién era Jesús. Él, doctor de la ley y versado en el conocimiento de las Escrituras, iría a interrogarlo. Pero algo lo retenía: obrando así corría el peligro de desacreditarse ante los judíos. Entonces fue a Jesús “**de noche**”. La gracia lo recibió; el Señor Jesús no le hizo ningún reproche. Le habló de la necesidad que todo hombre tiene de nacer de nuevo, si quiere entrar en el reino de Dios, y del amor divino que no cabía dentro de los límites de Israel: Dios amó **al mundo** y dio a su Hijo para salvar a **todo** el que en él cree. ¡Qué maravilloso mensaje anunciado a este hombre! Dios jamás menosprecia al alma que lo busca, incluso si por temor al oprobio se esconde

para ir hacia él. El Señor hasta fue al encuentro de aquella que, avergonzada a causa de su vida de pecado, huía de la mirada de sus semejantes (Juan 4).

Mucho tiempo después de este encuentro del Maestro con Nicodemo, “los principales sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles” para prender a Jesús (Juan 7:32). Pero éstos no se atrevieron a arrestarlo; vueltos a los fariseos, recibieron severos reproches: “¿Por qué no le habéis traído?... ¿También vosotros habéis sido engañados?” (Juan 7:45-47). Fue entonces cuando Nicodemo salió de la sombra donde se escondía y declaró: “¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?” (Juan 7:51). Por buena que haya sido su intervención, no tuvo efecto porque Nicodemo no estaba en el lugar correcto. Se hallaba en el consejo de los malos (Salmo 1:1), entre los fariseos. El Espíritu de Dios subraya que él “**era uno de ellos**”. Como Lot en Sodoma y Pedro sentado con los alguaciles en el palacio del sumo sacerdote, Nicodemo no podía dar allí un testimonio fiel. El temor al oprobio le había impedido tomar francamente el camino del Señor, por lo tanto sus progresos serían lentos. Hay una lección para cada uno de nosotros. Es necesario romper con los lazos que nos impiden seguir al Señor, cualesquiera que éstos sean. No temamos enrolarnos en sus filas. El oprobio que encontraremos siguiendo al Señor será más fácil de soportar que la amargura hallada negando ser sus testigos. Es necesario que desde el principio y sin preocuparnos por las consecuencias hagamos valer nuestra fe en el medio donde estemos.

El tiempo transcurría. La cruz lanzaba su sombra sobre el camino del Maestro, y Nicodemo no aparecía más en la escena. ¿Se decidiría, pues, por Jesús o esperaría que fuera demasiado tarde? Es necesario llegar al capítulo 19 del evangelio de Juan para volverlo a encontrar. Lo que Jesús le había

anunciado en su primer encuentro se había cumplido: el Hijo del Hombre había sido levantado en la cruz. El mundo cumplió sus fines: echó de la tierra de los vivientes a Aquel a quien Dios había enviado; la nación judía había dado muerte al Justo; Satanás mismo parecía haber ganado la victoria: hirió “el calcañar” del Siervo perfecto. Pero cuando los hombres acabaron su horrible crimen, Dios intervino y manifestó, mediante la resurrección, la victoria completa sobre Satanás, el mundo y el pecado, de Aquel que lo había glorificado perfectamente en su vida y en su muerte. Pero antes, para dar al cuerpo de su muy Amado Hijo, todavía clavado en la cruz, los cuidados de los cuales era digno, Dios llamó a dos hombres. ¿A quiénes escogió para tan precioso servicio? A José de Arimatea, “discípulo de Jesús, **pero secretamente por miedo de los judíos**”, y a Nicodemo quien, al principio “había visitado a Jesús **de noche**” (Juan 19:38-39).

Tal es la gracia divina, que quiso ofrecer a los discípulos indecisos una ocasión para declarar francamente su fe y de honrar al Maestro, a quien no se habían atrevido a seguir abiertamente. Nicodemo fue a la cruz llevando una mezcla de mirra y áloe para embalsamar el cuerpo de Jesús. Precaución inútil que mostraba su ignorancia: no era posible que ese cuerpo viera la corrupción (Hechos 2:27, 31).

María de Betania, más inteligente y consagrada al Señor, no había esperado ese momento para ungir con perfume los pies de su Maestro (Juan 12). Sin embargo, nos sentimos felices viendo a Nicodemo, por fin, cambiar de equipo y, echando por tierra su reputación de fariseo y jefe del pueblo, ocuparse con amor y veneración del cuerpo de Jesús. «Es reconfortante seguir los pasos vacilantes de este hombre en el camino que conduce hacia Dios, al lado del andar rápido y luminoso de otros discípulos, más ardientes, que adornan las páginas del evangelio. Nicodemo se coló entre ellos; y el lec-

tor, más atraído hacia éstos, llega casi a perderlo de vista. Pero la gracia no lo abandonó. Más bien se complació en llevar por fin al lento Nicodemo a la compañía de los más vivos de entre ellos. Qué poder el de la gracia que transportó hasta Jesús el corazón vacilante de este jefe de los judíos, antaño retenido por su apego a los fariseos». (J.G.B).

Para nosotros que con frecuencia somos lentos, perezosos, que tememos el oprobio y vacilamos en seguir más deliberadamente el camino del Señor, la historia de Nicodemo puede ser un estímulo, pero ante todo es una advertencia seria. Esa lentitud de corazón no es de Dios. Es para nuestra vergüenza. Y si la gracia viene a nuestro encuentro para bendecirnos a pesar de todo, cuánto más debe humillarnos. Además, tengamos cuidado, puede suceder que en su justo juicio, Dios diga de nosotros como dijo antiguamente de su pueblo que se había alejado de él yendo tras los ídolos: “Déjalo” (Oseas 4:17). Es una de las palabras más solemnes que encontramos en las Escrituras. Israel rebosó la paciencia de Dios, y Dios lo abandonó. Siempre será cierto que, por infinitas que sean las riquezas de la gracia divina, “Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

E. Ad.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).